

Amy Stewart

Mujer policía busca problemas

Traducción del inglés de
Carlos Jiménez Arribas

 Siruela

Nuevos Tiempos

Para Maria Hopper

«La señorita Constance Kopp, que en cierta ocasión se escondió detrás de un árbol junto a su casa en Wyckoff, Nueva Jersey, y esperó cinco horas hasta que tuvo a tiro a una banda de la Mano Negra que se había metido con ella, es ahora ayudante de *sheriff* en el condado de Bergen, Nueva Jersey, y el terror de los maleantes».

New York Press, 20 de diciembre de 1915

SE NECESITA CHICA. BUEN SALARIO. Hombre de posibles busca quien le lleve la casa con miras al matrimonio. Ofrece manutención y alojamiento. Interesadas, escriban al apartado de correos 4827.

Le devolví el periódico a la señora Headison y le pregunté:

—¿Supongo que habrá escrito usted a ese apartado de correos?

Ella dijo que sí con un movimiento brusco de la cabeza:

—Eso hice, y puse que era una chica que acababa de llegar de Búfalo y que no tenía experiencia en llevar una casa pero sí como bailarina, alguien que aspiraba a debutar en un escenario. Se puede una imaginar lo que habrá pensado él al recibirlo.

Yo prefería no imaginármelo, pues tenía a una aspirante a bailarina en casa, pero he de admitir que funcionó el truco. El *sberiff* Heath y yo leímos la respuesta del hombre, en la que la invitaba a ir a visitarlo tan pronto como le fuera posible y le prometía matrimonio si ella estaba a la altura.

—Hay bastantes chicas que acudieron a la entrevista y todavía están esperando que les pida la mano —dijo con un resoplido—. Las he visto entrar y salir de su casa. Como yo solo estoy en calidad de oteadora, mis instrucciones son que comunique cualquier cosa que levante mis sospechas al jefe de policía, y él manda a un agente a que haga el arresto. Pero ese hombre vive en mitad del campo, en el condado de Bergen, así que les transferimos a ustedes el caso.

Belle Headison era la primera mujer policía de Paterson. Más bien poquita cosa, tenía los hombros estrechos y el pelo del color del té flojo. Le enmarcaban los ojos unas gafas con montura de metal que parecían el mecanismo de un reloj de pie. Todo en ella tenía ese aspecto tieso, y parecía que le habían dado cuerda.

Yo fui la primera mujer ayudante de *sberiff* de Nueva Jersey. No había coincidido nunca antes con una agente del orden público. Era

el verano de 1915, y parecía que estábamos en una época nueva y deslumbrante.

Habíamos quedado con la señora Headison en la estación de tren de Ridgewood, y la casa del hombre no quedaba lejos de allí. En el andén solo había un toldo, y a su sombra estábamos. Aunque era a finales de agosto y hacía calor, me daba escalofríos pensar que le seguíamos la pista a alguien capaz de buscar novia poniendo un anuncio en el periódico como si tal cosa.

El *sheriff* miró la carta otra vez.

—Señor Meeker —dijo—. Harold Meeker. Muy bien, señoras, vamos a hacerle una visita.

La señora Headison dio un paso atrás y dijo:

—Ah, pero yo no sé si les seré de mucha ayuda.

Aunque el *sheriff* no la dejó marchar.

—El caso es suyo —dijo sin poder ocultar su contento—. Debería sentirse usted dichosa de ver que se llega hasta el final. —Nada le hacía más feliz al *sheriff* que echarle el guante a un delincuente, y pensaba que a todo el mundo le pasaría lo mismo.

—Pero es que yo no suelo ir con los agentes —dijo la señora Headison—. ¿Por qué no va usted, y la señorita Kopp y yo esperamos aquí?

—A la señorita Kopp la traje por un motivo —dijo el *sheriff*, y nos llevó del brazo desde el andén hasta su coche. La señora Headison entró de mala gana, y nos adentramos en la ciudad.

De camino, la señora Headison nos habló de la labor que hacía en la Sociedad de Ayuda al Viajero, de su trabajo allí con chicas que venían a Paterson y no tenían ni familia ni trabajo.

—Se bajan del tren y van derechas a las pensiones de peor reputación y a los bailes más chabacanos —dijo—. Y, como la chica sea mona, los salones le dan de comer y de beber, y no le cobran. Claro que nadie da nada a cambio de nada, pero a las chicas no hay quien las convenza de eso. Es la primera vez que salen de casa y se les olvida todo lo que les enseñó su madre, si es que les enseñó algo.

La señora Headison, según contó, se había quedado viuda en 1914. Hacía un año que había muerto su marido, un policía jubilado, y leyó que en Nueva Jersey había una ley nueva según la cual se autorizaba a las mujeres a trabajar de policías.

—Era como si John me hablara desde el más allá y me dijera que ahí tenía yo una vocación. Me fui derecha al jefe de policía de Paterson y eché la instancia.

El *sheriff* Heath y yo íbamos a darle la enhorabuena, pero ella siguió hablando casi sin tomar aire:

—¿Saben que el buen hombre no se había planteado nunca admitir a una mujer en su equipo? Tuve que insistir, y vaya si lo hice. ¿Saben por qué era tan reacio? Me lo dijo el jefe de policía mismo: si las mujeres empiezan a salir a la calle vestidas de uniforme, pertrechadas de palos y pistolas, los hombres nos quedaremos pequeños.

Miré al *sheriff* con cara de horror pero él no apartó la vista del frente.

—Yo insistí en que mi puesto en la comisaría sería exactamente el mismo que el de una madre en el hogar. Tal y como una madre cuida de sus hijos y está ahí para animarlos o para prevenirlos, yo cumpliría con mis funciones de mujer y llevaría los ideales de toda madre al departamento de policía. ¿No le parece a usted que así tiene que ser, señorita Kopp? ¿A que también usted se ha convertido en la gran madre de todo el equipo del *sheriff*?

Nunca pensé que pudiera ser la madre de nadie, pero sí es verdad que había visto a una gallina picar tan fuerte a un pollito descañado que le hizo sangre, o sea que quizá la señora Headison tenía razón. Yo llevaba dos meses de acá para allá cada vez que una mujer o una chica tenían problemas con la ley. Ayudé con los papeles del divorcio a una mujer que estaba separándose; investigué un caso de cohabitación fuera del matrimonio; perseguí a una chica que quería escaparse en tren; ayudé a vestirse a una prostituta a la que hallaron desnuda y medio muerta, bajo el efecto del opio, en una timba montada encima de una sastrería; y vigilé a una mujer, madre de tres hijos, mientras el *sheriff* y sus hombres corrían por el bosque detrás de su marido, al que le había estampado una botella de coñac en la cabeza. Le devolvieron el marido, aunque no lo dejó pasar hasta que él no prometió, delante del *sheriff*, que no entraría más alcohol en aquella casa.

No sería exagerado decir que pasé los mejores momentos de mi vida. La prostituta se lo había hecho todo encima, y hubo que lavarla en un aseo que estaba más sucio que ella; y la chica del tren me mordió en el brazo cuando la cogí; sin embargo, sigo pensando que nunca había disfrutado tanto. Aunque parezca difícil de creer, al fin había encontrado un trabajo a mi medida.

No sabía cómo explicarle todo eso a la señora Headison. Afortunadamente, llegamos a casa del señor Meeker antes de que me viera obligada a hacerlo. El *sheriff* pasó por delante de la casa y aparcó el coche a varios portales de distancia.

Vivía en una casa modesta con listones de madera en las fachadas, tenía las contraventanas pintadas y un porche pequeño que parecía añadido en alguna reforma más reciente. Había una ventana abierta en el comedor, y la música de un piano llegaba hasta el jardín delantero.

—Sí que está en casa —dijo el *sberiff*—. Señorita Kopp, usted llame a la puerta, que nosotros nos quedaremos aquí. Si hay una chica ahí dentro, no quiero que se asuste. Intente ganársela. No vamos a arrestarla por rebeldía, pero eso ella no lo sabe.

—De acuerdo —dije.

La señora Headison nos miró a los dos como si le hubiéramos propuesto ir de safari a África.

—Supongo que no va a mandarla a ella sola a que llame a la puerta, ¿no? Imagínese que...

Calló al verme sacar el revólver del bolso y metérmelo en el bolsillo. Me lo había dado el *sberiff* hacía un año, cuando sufrimos acoso mis hermanas y yo: un Colt de la policía de color azul oscuro, de tamaño pequeño, ideal para esconderlo en los bolsillos que Fleurette me cosía a tal fin en el forro de las chaquetas y los vestidos.

—¿La obligan a usted a llevar un arma? Pero si el jefe de policía...

—Yo no trabajo para el jefe de policía. —Sentí que el *sberiff* clavaba en mí sus ojos al oírme decir eso. Estábamos haciendo algo que el jefe de policía no se habría atrevido a hacer, y eso me llenaba de contento.

Con el revólver en su sitio, me dirigí hacia la casa del hombre; y una vez allí miré hacia atrás, pero al *sberiff* y a la señora Headison no se los veía cuando paró la música del piano y abrieron la puerta.

Harold Meeker, un hombre paliducho de unos cuarenta años, abrió la puerta en mangas de camisa y con corbata. Tenía una pipa en una mano y los zapatos en la otra, y la frente, alta y lisa, se le llenó de arrugas al verme.

—Discúlpeme, señora —dijo, mirándose los pies descalzos—. Ha venido la chica que me limpia la casa, y estaba yo intentando no ser un estorbo.

Sonrió avergonzado. Yo no quería perder ni un minuto, no fuera a ser que la chica se escapara por la puerta de atrás.

—No se preocupe, señor Meeker —dije en alto para que el *sberiff* lo oyera—. De hecho, he venido a ver a esa chica suya. Me parece que tengo algo que es de ella.

Entré antes de que pudiera impedirlo. Una vez dentro, vi las alfombras gastadas y los típicos muebles desvencijados de un hombre que sigue viviendo en lo que fue la casa de su madre. Las tulipas de las lámparas lucían flores pintadas de color rosa. El piano de pared estaba cubierto con tapetes de ganchillo. Había hasta un dechado de punto de cruz enmarcado en la pared y cubierto de polvo que había cogido un color parduzco con el paso de los años.

El señor Meeker dio un salto y se plantó frente a mí. Era casi tan alto como yo, pero menos corpulento, y quizá quería intimidarme, pero no lo logró.

— Lettie estaba acabando — dijo, y miró hacia donde me pareció ver que estaba la cocina—. Si tiene la bondad de esperar fuera, saldrá enseguida. ¿Es usted familia suya, señora...?

No le hice caso y me fui derecha a la cocina.

— Lettie, ¿está usted ahí? — pregunté, y abrí la puerta.

Dentro, sentada a una mesa de madera pintada, había una chica de unos quince años con rulos en el pelo y un cigarrillo entre los dedos. Llevaba solo una bata fina de batista y zapatillas de damasco como las que le gustaban a Fleurette. La cocina era vieja, tenía un fogón de hierro y una tina de lavar que usaban de fregadero. Le hacía falta una buena limpieza, pero no sería Lettie la que se la diera.

Se puso en pie de un salto al verme.

— No tienes pinta de saber llevar una casa — dije, y me puse a su lado para sujetarla por el codo.

— No, yo solo... Solo he venido de visita hasta que...

Harold Meeker no había entrado conmigo en la cocina. Imaginé que al verse en apuros salió corriendo, y el *sheriff* Heath ya se encargaría de él.

La sujeté con firmeza por el brazo y me presenté:

— Soy de la oficina del *sheriff*, cariño. No tenemos nada contra ti; solo nos preocupa que hayas sido víctima de un engaño por un anuncio del señor Meeker en el que buscaba alguien que le llevara la casa.

Lettie adelantó el labio de abajo en un gesto de desafío, apoyó la mano que tenía libre en la cadera y dijo:

— Nada me impide buscar trabajo. Está permitido por la ley.

Oí voces en la habitación de al lado, y supe que Heath había atrapado al hombre y volvía con él.

— Creemos que se aprovecha de las chicas jóvenes, y eso sí que no está permitido por la ley. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Giró sobre sí misma y se quedó mirando hacia la puerta de atrás, pero le di la vuelta y la atraje hacia mí.

—¿Cuándo llegaste, Lettie?

Se dejó caer en la silla con un resoplido. Yo me senté a su lado.

—Hace solo una semana. —Toqueteó la lata de sardinas que usaba como cenicero—. Vine en el tren de Ohio. Iba a ir a Nueva York, pero me hice un lío con los billetes y aquí estoy, sin dinero y sin nadie que me dé cobijo; solo el señor Meeker.

Ya me caía mal el tal señor Meeker. ¿Qué clase de hombre se cree que puede poner anuncios en el periódico buscando chicas?

—¿Y qué pasó cuando quedó claro que buscaba algo más que una asistenta?

Por toda respuesta, se tapó la cara con las manos.

Busqué con la mirada algo que ponerle a Lettie y vi una bata vieja colgando de un clavo.

—Está bien. He venido con una señora que te llevará a un sitio mejor que este. —Le eché la bata por encima y la ayudé a levantarse. Tenía hombros de niña, pequeños y huesudos—. ¿Hay cosas tuyas en el piso de arriba?

Se secó los ojos y dijo:

—Lo perdí todo en el andén. La maleta se fue por un lado y yo por otro.

—Veremos qué se puede hacer. —La llevé al salón, donde Harold Meeker estaba esposado entre el *sheriff* Heath y una sorprendida señora Headison.

Cuando el señor Meeker nos vio, se lanzó hacia Lettie pero solo alcanzó a sacudir las cadenas delante de ella.

—¿Has llamado al *sheriff*? —gritó—. Eres una putilla de tres al cuarto; con todo lo que he hecho...

El *sheriff* Heath tiró de él hacia atrás con tan mala pata que cayeron los dos al suelo. El señor Meeker se zafó dando patadas y forcejeando entre los brazos del *sheriff*. Por un segundo, quedó libre, y quiso correr para ganar la puerta, pero me abalancé sobre él y lo empujé hasta un rincón. Lo tenía agarrado por el cuello de la camisa, con el puño cerrado para que no escapara, pero aun así se revolvió e intentó abrirse camino a empujones. La señora Headison dio un grito ahogado y cruzó el salón para agarrar a Lettie.

Heath se acercó por detrás de mí y sujetó a Harold Meeker del brazo. Yo le tiré del cuello de la camisa un poco más, y lo obligué a ponerse de puntillas.

El *sheriff* y yo nos miramos una décima de segundo. Ninguno de los dos quería que se escapara. Lo estábamos pasando en grande. El hombre jadeaba y era como si se nos desinflara entre los brazos.

— A la nómina de cargos, añadiré que se resistió al arresto y que atacó a una agente — dijo el *sheriff* Heath—. Así estará en la cárcel un poco más.

Yo no le soltaba la camisa y, con el roce, le había dejado una marca roja en el cuello.

— ¡Quíteme las manos de encima! — gritó el señor Meeker con un hilo de voz—. ¿Esta quién es, su enfermera?

— Pues resulta que es mi ayudante y que lo está arrestando a usted — dijo el *sheriff*—. Si tiene alguna queja, dígasela a ella.

Lettie dejó escapar una risita, pero ningún sonido salió de la boca de la señora Headison.

Formábamos un grupo de lo más curioso en el coche de vuelta a Paterson: Lettie y la señora Headison iban conmigo en el asiento de atrás; y los hombres, los dos juntos, en el de delante. No me convencía la idea de meter a la chica y al que la había estado atormentando en el mismo coche, pero no nos quedaba otra opción porque la señora Headison estaba demasiado aturdida para volver ella sola en tren con Lettie, y el *sheriff* Heath quería que yo fuera con él por si el señor Meeker intentaba huir.

El *sheriff* se quedó vigilándolo y yo acompañé a Lettie y a la señora Headison hasta la oficina de la Sociedad de Ayuda al Viajero.

— Sé que cuidará bien de la chica — dije—. Hizo bien en llamarnos.

La primera mujer policía de Paterson seguía en estado de nervios:

— Esta noche le hablaré de usted al señor Headison en mis oraciones, pero seguro que no me cree. Hay que ver lo que la obligan a hacer; vamos, que yo no lo haría ni aunque me pagaran.

La miré fijamente. Lettie no apartaba la vista de nosotras y tenía la boca abierta.

— ¿Es que a usted no la pagan? — le pregunté. Mi sueldo era de 1.000 dólares al año, igual que el de los otros ayudantes.

— Bueno..., pues claro que no — dijo hablando despacio, como si todavía estuviera asimilándolo—. El jefe espera de mí un servicio por puro sentido del deber y del honor, y sin que le quite el sueldo a ningún agente.

No se me ocurrió nada amable que decir al oír eso; solo quería volver al furgón con mi detenido y meterlo entre rejas, que era donde tenía que estar.

—No dude en llamarnos otra vez si le hacemos falta, señora Headison —dije, y volví corriendo con el *sheriff* Heath.

Cuando llegamos a la prisión, Heath entregó al señor Meeker al ayudante de *sheriff* Morris, un hombre que llevaba con dignidad sus años y que se había hecho amigo mío y de mis hermanas cuando vigilaba la casa durante el acoso al que nos sometió Henry Kaufman el año anterior. Morris asintió todo serio y me dio la enhorabuena por el trabajo mientras se lo llevaba dentro.

Pero, cuando me disponía a seguirlo, me llamó el *sheriff*.

—Señorita Kopp.

Sonaba raro según lo dijo. Señaló con la cabeza el garaje, un edificio de piedra exento que había sido cochera y en el que había todavía dos boxes, con sus camas de heno, de cuando tenían caballos. Me llevaba allí para hablar en privado porque solo había una entrada y nadie se podía colar sin ser visto por la puerta de atrás.

En la penumbra, bajo el alero, el *sheriff* Heath me miró largo y tendido y dijo:

—Hay problemas con su placa.

Me quedé helada por dentro, pero intenté hacer una broma con lo que acababa de oír:

—¿Se han quedado sin oro y sin rubís? —La placa del *sheriff* Heath tenía solo un rubí, y él siempre estaba diciendo que se lo habían comprado sus avalistas, no los contribuyentes.

Tenía un gran bigote que solo se movía un poco por los lados cuando sonreía. Esta vez, el tono que utilizó parecía ensayado:

—Me ha hecho saber cierto abogado, uno que es amigo del departamento del *sheriff* y está muy de nuestra parte, que piso terreno movedizo en lo legal al nombrar ayudante a una mujer.

Me llevé instintivamente las manos al pecho. Lo palpé y las fui bajando hasta alisarme la falda y comprobar el cierre de un botón:

—¿Es que no me han nombrado ya? ¿No llevo trabajando desde mediados de junio?

Dio un paso atrás y caminó haciendo un pequeño círculo mientras decía que sí con la cabeza.

—Nombrada está. Pero no es oficial hasta que el funcionario del condado no redacta el contrato; y, claro, todavía no tenemos la placa. El problema es que el señor..., ese abogado amigo nuestro...

—¿No aprobó el estado una ley que permite el nombramiento de agentes de policía que sean mujeres? ¿No fue por eso por lo que me ofreció usted este trabajo? —Me temblaba la voz y no podía

controlarla. Según lo decía, iba cayendo en la cuenta de qué había pasado.

—Sí. Pero eso es lo espinoso del asunto. El estatuto se refiere solo a los agentes de policía. Al *sheriff* lo eligen mediante un procedimiento legal completamente distinto, y por él se rige. En ningún momento se dice nada de que las mujeres puedan ser policías. De hecho, el *sheriff* de Nueva York intentó hacer algo parecido hace años, y tuvo que renunciar a ello porque la ley en ese estado exige que los agentes puedan votar en el condado en el que sirven, y eso quiere decir que las mujeres...

Lo interrumpí visiblemente irritada:

—No podían optar al puesto de ninguna de las maneras.

Lo tenía justo delante otra vez, pero no quise mirarlo. Entonces dijo:

—En Nueva Jersey no tenemos problemas con eso de la votación. En nuestras leyes no figura así escrito. Pero, si los legisladores en Trenton, la capital del estado, hubieran querido que las mujeres se presentaran al puesto de policías, es bien seguro que así lo habrían estipulado, y no lo hicieron.

Tenía mejor opinión de los legisladores de Trenton que yo.

—A lo mejor se les pasó por alto —casi grité.

—Sí. Y me han aconsejado que escriba al resto de *sheriffs* en Nueva Jersey y les pregunte si han nombrado a alguna mujer policía al amparo de la nueva ley. Ello nos daría un precedente.

—¿Y?

—No hay ninguno por el momento.

—Y usted no quiere ser el primero.

Alzó el sombrero con una mano y con la otra se echó el pelo hacia atrás, luego volvió a ponérselo.

—Señorita Kopp, puedo pelearme con los de la Comisión del Condado por el presupuesto económico que me asignan y por cómo desempeño mi cometido, pero no puedo quebrantar la ley a sabiendas.

Le di la espalda y traté de recuperar la compostura. Recordé el día en el que, con unos diez años, copié una lista que publicó el periódico bajo el título de «Lo que puede hacer una mujer». Escribí uno a uno cada punto con letra clara y pulida y luego los taché casi todos según los iba considerando. Así eliminé la profesión de músico, y la de retocadora de fotografías, y la de grabadora en madera. Lo de llevar la casa lo taché con tanto ahínco que rasgué el papel. La misma suerte corrió el trabajo de costurera, y el de

jardinera. De hecho, el papel acabó hecho trizas por mi manita enfática.

Solo quedaron el ejercicio de la abogacía y la profesión de alta funcionaria del Gobierno, la de mujer periodista, y la de enfermera, a cada una de las cuales les puse un visto bueno no muy convencida.

Escondí la lista dentro de un guante blanco que estaba roto y no se la enseñé nunca a nadie. Allí quedaron todas las posibilidades que el mundo me ofrecía.

Porque nadie se habría atrevido, allá por el año 1887, a sugerir que una mujer pudiera ser ayudante de *sheriff*.

Y ahora me quitaban el trabajo con la misma rapidez con la que me lo habían dado. Ya me había acostumbrado a verme a mí misma como una de las primeras en demostrar que una mujer era capaz de hacer ese trabajo. Yo no era como la señora Headison, que hacía solo de carabina de chicas díscolas; no, yo llevaba pistola y esposas, y podía arrestar a la gente igual que cualquier ayudante de *sheriff*. Me pagaban el salario de un hombre y, aunque todo el mundo se sorprendía de eso, a mí no me importaba lo más mínimo.

Por encima del portón del garaje se recortaba un rectángulo azul de cielo. En cuanto saliese de allí volvería a caminar bajo ese cielo y a ser una mujer normal y corriente. No me había dado cuenta hasta ese momento de lo mucho que me fastidiaba ser normal y corriente.

Seguía dándole la espalda al *sheriff* Heath porque creí que sería mejor salir de allí sin dejar que me viera la cara.

—Vale, pues entonces me iré a casa.

—No hace falta —dijo rápidamente el *sheriff*—. Tengo otra cosa para usted, si acepta el puesto.

Con eso bastó para que me diera la vuelta.

—No pienso ser su secretaria. —No me seducía la idea de quedarme sentada entre cuatro paredes tomando notas de lo que hacían otros policías.

Entonces esbozó una leve sonrisa y dijo:

—No es tan malo como eso, y no será por mucho tiempo. Deme un mes y ya se me ocurrirá algo.

Por fin lo miré a los ojos y vi que los tenía hundidos y rodeados como tantas veces de círculos oscuros: parecían el espejo de su alma. Se podía confiar en un hombre con aquella expresión en la cara.

—¿Un mes?

—Un mes, eso es todo.